

ESTUDIOS

acerca

de los establecimientos penales en España.

I.

Cuando la civilización de la época que atravesamos tiende en su flujo y reflujo al perfeccionamiento de todas las instituciones sociales más altamente beneficiosas; cuando el espíritu analítico del siglo, todo lo sujeta á exámen para deducir síntesis luminosas de utilidad positiva, mejorando la condición del hombre en su estado más deplorable de abyección ó envilecimiento, nos duele que las entidades más celebradas en economía política, no estudien el sistema actual de penitenciarías para dejar caer sobre las tinieblas que las envuelven los rayos de luz de su elevada inteligencia.

Ni nuestros más eminentes moralistas, ni nuestros más profundos filósofos, por más que hayan consagrado sus desvelos á la humanidad en obras de relevante mérito, ya para extinguir la relajación de las costumbres, ya para sorprender la altivez de su vuelo en el espacio del bien y del mal, jamás han descendido al estudio de la vida práctica del criminal sentenciado por los tribunales, con el noble fin de elevar á entidades sociales, bajo el prisma de la utilidad pública, á los desgraciados seres que se agitan en nuestros establecimientos penales, sin más horizonte que la negación de toda luz moral, sin más porvenir que la degradación ignominiosa á que los condena una vida impurificable.

La sociedad que condena estérilmente, se suicida. Por un principio luminoso de lógica incontrovertible, todo lo que, aún degenerando, no tiende á su perfeccionamiento moral y material por medio de la reacción vivificadora y edificante de la educación, es un aparte en el movimiento progresivo y saludable, que recorren los pueblos en la elíptica vital que Dios les ha señalado.

Si el hombre dejenera por su índole especial, por su educación incompleta y por la desesperación que no refrena el bálsamo consolador del cristianismo, y por su des-

censo vituperable en el inmundado cieno de los vicios más depravados; si el hombre pierde esa triple sávia condicional *del amor á Dios, al trabajo y á su prójimo*, y después que lo sentencias al ostracismo de las penitenciarías lo abandonais á la horrible oscuridad de su desgracia sin tratar de incubar en su espíritu las nociones regeneradoras del bien, por medio de una educación bien calculada, á ese hombre lo matais civil y moralmente.—¿Qué fin grandioso se propone la humanidad con hacinar en el caos de nuestros presidios á tantos millares de seres delincuentes entregados á sí mismo? ¿Separar lo que daña?—Tan to valiera entónces encerrarlos en una isla desierta, lejos de los horizontes en que han nacido; que sería lo mismo que condenarlos á una muerte lenta y desesperada.

Todos esos hombres que segregais infructuosamente de la sociedad por sus delitos, sin tratar de mejorar sus condiciones morales y materiales con objeto de que puedan serle de una utilidad provechosa en su día, ni satisfacen esa paradoja de la *vindicta pública*, ni deben satisfacer tampoco las exigencias piadosas de este gran precepto divino: *corregirás al que yerra*.

La mayor parte de los crímenes son hijos de la educación defectuosa de los pueblos. Donde no circula la sávia del cristianismo, que es la civilización en su apreciación más filosófico-social, los pueblos ni nada temen, ni nada se prometen,—y desbordados por el proceloso mar de las pasiones, se entregan *ad libitum* al logro de deseos que no pueden definir por otro prisma que el de la conveniencia individual. Perdidos en el piélago insondable de sus perniciosos afectos, sin fé en nada y para nada, y sin creencias ortodoxas, la conciencia es una quimera, y la moralidad una duda.

Cuando la degradación moral se consuma por falta de esa pureza y de esa santidad innata á las criaturas, ó por exceso de actividad intelectual, á las inteligencias elevadas toca salvar la sociedad iluminándola en las tinieblas de su oscurantismo ó embrutecimiento, fijando la meta de un principio evangélico que la contenga en sus erróneas expansiones.

Pero mientras que, inteligencias privilegiadas, os colocais en los puntos más culminantes como faros de resplandeciente luz, que guien á la humanidad por entre las sombrías sinuosidades de sus aspiraciones ponzoñosas, —no apartéis vuestros fulgentes resplandores *de los que cayeron*, y haced que penetre la luz intelectual de vuestra sabiduría *en los tenebrosos abismos en que yacen*, corroidos por el abandono moral más lamentable. Mientras tendéis una mano á las generaciones que *viven la vida* sedentaria y fatigosa de las ciudades, no separéis la otra de los que *viven la vida de la muerte* en nuestras mal llamadas penitenciarias.

Levantad al que cayó, moralistas: hélo aquí todo.

Una vez en evidencia la depravacion, así en su infancia, como en su senectud, las sociedades sólo se salvan por la divina panacea del cristianismo: la fé que promete, alienta: las creencias que edifican el alma, la refrescan y la purifican. — Cuando el hombre, gastado por las pasiones que envilecen pierde el sentimiento intuitivo de la Divinidad y nada vé con los ojos del alma más allá de su atmósfera: cuando las espiritualidades se disipan en el vicioso espacio de la licencia más desenfrenada, sin una exhalacion, sin un perfume para el sublime mártir del Gólgota; cuando ningun principio humano divino no queda incólume en el estadio de la verdad, vosotros y sólo vosotros que os consagrasteis con ardiente perseverancia á la redencion de la humanidad, no debéis vacilar en llenar por completo la augusta mision que os habeis impuesto ó que más bien el Señor os ha inspirado.

Y entónces, más que nunca, es cuando agarrados al mástil de la Cruz debéis reproducir los preceptos sacrosantos del Evangelio, base de la educacion social de todos los hombres, de todos los pueblos. — Y entónces, más que nunca, es cuando debéis edificar con vuestras beneficiosas doctrinas así las almas descreidas que vagan errantes y predispuestas al mal, como las almas que *caen hacinadas* para sumergirse de vez en el tormentoso océano de nuestros establecimientos penales.

No porque esos seres estén condenados, los abandoneis. No porque estén segregados de la sociedad, los dejéis sin la luz del

cristianismo, y sin los incalculables beneficios de una educacion moral, tanto más calcada en sus organizaciones rebeldes como ásperas sean sus condiciones malévolas. No porque hayan sido fatales á sus hermanos por su criminalidad, perdais la esperanza de redimirlos. Levantando al caído, os acercais al Señor en toda la plenitud de vuestro sacerdocio, en toda la magestad de vuestra grandeza utilitaria.

Si la mision os parece insuperable, oíd-nos:

Nosotros hemos estudiado al hombre más en las penitenciarias nacionales que en las ciudades y en los campos, y hemos visto que, por más que se nos querian hacer pasar como *cosas* las *personas*, la vida del sentimiento no concluye sinó con el hombre; y que el corazon que *siente*, aún concibe pensamientos más ó menos determinados que vibran en su cerebro como las impresiones influyen poderosamente sobre sus nervios. Hemos visto al bandido más desaliado, al asesino de oficio, al hombre, en fin, más sanguinario por instinto, penetrar en un presidio; y en aquel momento preciso en que los rastrillos se cerraban en pos de él, estableciendo una barrera entre sus pasiones y sus idolos, lo hemos visto estremecerse de pena, debilitarse física y moralmente, y asomar una lágrima á sus párpados.

Aquel estremecimiento, aquella debilidad, aquella lágrima, engendraron en nosotros la conviccion íntima y profunda de que el hombre, aún en el estado más completo de degradacion, es susceptible de regenerarse utilizando esos instantes lúcidos; pero careciendo de vuestra inteligencia y de vuestras bondades moralizadoras, nos hemos hecho á un lado para dejar paso á aquella individualidad típica del mal, y abstraerse en las profundidades de sus remordimientos.

Como hemos visto inclinarse y domarse al asesino de oficio, hemos visto inclinarse y domarse al asesino moral, á esos que matan sin puñal, y aún más traidoramente si se quiere, valiéndose de la hipocresia más refinada.

¿Pero ante qué fantasma se docilitaban esos colosos del crimen? ¿ante el reducido horizonte en que iban á vegetar sin esperanzas, ó ante la voz desconsoladora y pertinaz de la conciencia que *acusa* en mo-

mentos dados al corazón más empedernido? No es nuestro ánimo dilucidar esta cuestión psicológica, ni perdernos en un laberinto de afirmaciones más ó menos acertadas, aunque de ellas surgieran generalizaciones saludables. Nuestro objeto es consignar tan sólo lo que hemos visto, lo que hemos compadecido, esto es, la vida del sentimiento que se relievra en los presidios por causas que no están á nuestro alcance, pero que nos demostraron que nunca la *persona degenera en cosa*, por grande que sea su criminalidad, mientras no se halla en un completo estado de aberración ó de idiotismo.

BENITO VICETTO.

(Se continuará.)

Á LA LUNA.

Oh tú, reina del mundo que do quiera nos ofreces tu luz encantadora, y que dejas que yo, por vez primera, cante tu luz tan pura y seductora; esbelta virgen, plateada luna, que escondiéndote vas tras la colina para volver radiante y purpurina á reflejar del suelo en la laguna; tú, que bella entre nácares dormida te meces sobre perlas y diamantes, y en tu veloz carrera vas seguida de mil dones y estrellas rutilantes; ¿quién hay que al contemplar tu luz dudosa no se postre ante ti tierno y sumiso, si le ofreces al mundo, luna hermosa, con tu tibio fulgor un paraíso? ¿Y qué fuera del triste peregrino si corriendo de noche la ribera, no sirviera de guía en su camino tu pálido brillar, luna hechicera? ¿Que bardo al contemplar tu luz serena no elevará su canto á tus regiones, si tú al radiar de mil hechizos llena, derramas en su mente inspiraciones? Yo también ante ti pulso mi lira, y contemplo tus rayos fascinada, y al fijarme en tu luz que grata inspira te bendigo por siempre entusiasmada. Y al dedicar á ti mi pobre canto olvido de mi pena el desconsuelo, olvido que en el mundo existe el llanto, y tan sólo por verte me desvelo. Mas si escaso de númen es mi acento y no basta a ensalzarte mi poesía, al contempiarle ahí en el firmamento te dedico mi amor y mi alegría. Y en cambio yo te pido, luna hermosa, al salir de la noche en la quietud, que al dejar esta vida procelosa alumbres con tus rayos mi atand.

ELISA LESTACHE.

Vigo, octubre de 1887.

TRADICIONES FEUDALES DE GALICIA.

LOS VILLANOS DE ALLARIZ.

(Continuación).

III.

Oñun.

La escena que hemos bosquejado en el *men-shao de Panamá*, la de la historia de Nanreb que dictó la condesa al paje Hernan, y la que vamos á describir en este cuadro tercero, pasaban á la vez en distintos parages, con tanta afinidad entre sí, como los tres ramales del Tambre, el que nace en Codesoso, el que nace en Touriz y el que nace en Fizal que aunque nacen separados, luego confluyen en un punto dado, constituyendo un río.

Tales son los dramas que escribimos: tienen tambien un nacimiento así, y luego, la confluencia moral de los primeros cuadros forman el cauce ó diorama dramático que constituye la historia cabaleresca.

Para la escena, para el cuadro que vamos á ver, no es preciso salir de la villa, ni volver á entrar en el castillo. Es preciso seguir esas calles sinuosas de Allariz, tomar la de Villanueva como quien va al puente de este nombre, y pararse á los pocos pasos de una casa que tiene un piso más que las chozas que la forman.

Recordad que estamos en 1475; que en esa casa vive el famoso carpintero de la villa maese Juan Alonso, padre de Ailiena, una niña más bella que lo fuera doña Leonor de Guzman, cuando era Ronoel, y que por eso gustaba mucho á Oñun Zelaznog de Agup, ó lo que es lo mismo, Nuño Gonzalez de Puga, merino mayor del conde de Allariz, y regidor de la villa. Recordad tambien que Ailiena estaba en amores con Alonso de Paredes, hijo de aquel pobre montero que muriera de un venablo que le arrojara el conde don Juan, y uno de los tres labradores que habian jurado al pié del *Men-shao* de Panamá morir por la libertad de su patria.

La noche es una bella noche de otoño, rica de luz, y de frescura, y de calma, y de suavidad: todo yace en el mayor silencio: no parece sino que la villa duerme bajo el manto de nieblas con que la vela el Arnoya, pero con ese sueño del esclavo, que es el sueño de la resignación.

Un hombre nos precede: arropado en un ancho gaban de veludillo que encubre un rico jubon de piel de búfalo cruzado de cordones de oro, avanza cautelosamente delante de nosotros.

Detiéndose cerca de la casa de Ailiena, y un arquero sale á su encuentro.

—Mi señor, le dice el arquero, me ha contestado que no esperará á que su padre acabe de trabajar, cene y se acueste, para hablaros: que si teneis que decirle eso que tanto le interesa seguid vos, que se lo digais ahora, que ella se asomará á la ventana á oiros.

—¡Diablo!

—Sí, mi señor, así me contestó.

—Pero, ¿cómo me ha de oír con esos golpes que da su padre con el martillo en el taller?

—Ya se lo dije.

—Y, además, ¿cómo me he de poner á hablarla si el padre puede verme?... Vuelve, y dile que si no me oye más tarde, que no le haré el honor á esa villana de hablarle cosas que le interesan en extremo.

—Pero, mi señor...

—¡Vuelve, digo!

Y el del gaban empujó al arquero hácia la casa.

Al poco tiempo regresó el arquero.

—¿Qué hay? preguntó el del gaban.

—Mi señor, lo mismo: que si quereis hablarle algo, que vayais ahora, y si no que no vayais nunca.

—Pero, ¿le has dicho mi nombre?

—Sí, mi señor: e dije quien sois, don Nuño Gonzalez de Puga, montero y merino mayor del señor conde don Juan y rejidor de su villa de Allariz.

—Y, ¿ni por esas?

—Ni por esas, mi señor.

El antiguo paje Oñun ó don Nuño pareció reflexionar un momento sobre la indocilidad de Ailiena á sus insinuaciones.

Luégo, como si no hubiera otro remedio sino sucumbir á las condiciones de la niña, despidió al arquero y se acercó á la ventana.

La ventana del primer piso de la casa de maese Juan Alonso Baselo, era bastante baja, tanto que con poco que se empinara el señor merino mayor pudiera fácilmente asaltarla.

Este exámen rápido, que hizo el doncel, á guisa de hombre enamorado, pareció confortarle de las contrariedades que acababa de sufrir.

Acercóse bien á ella, y nadie se asomó.

Pero el ruido acompasado del martillo de maese Juan Alonso Baselo, seguía, y seguía de una manera que le amedrentaba algo, porque suponía al padre en vela de la honra de su hija, cosa que le hacía muy poca gracia al antiguo paje de la linda y desenvuelta Ronoel.

Acercóse más y más... puso una mano sobre las piedras carcomidas de la casa, trepó uno ó dos pasos, y pudo por fin asomar la cabeza por la ventana mirando á su sabor cuanto había dentro de la pieza, pues lucía una luz en ella.

A favor de estas ondas de luz amarillenta que bañaban la habitación, Oñun vió á Ailiena sentada en una silla de madera y arreglando ropas de telas nuevas.

—Ailiena, murmuró don Nuño quedamente.

Ailiena pareció oírle, pues dejó su labor y vino hácia la ventana.

—¿Qué me ordenais, señor merino? preguntó la niña dulce é inocente.

—Que me permitais subir, aunque sea por esta ventana, para deciros con todo sigilo cuanto deseo.

—Imposible, señor merino.

—¡Ingrata!

—No sé por qué, señor merino, pues yo no recibí nunca ningún favor de vos, ¿ni lo quiera el cielo?

—Digo que es una ingratitud lo que me negais, mi hermosa Ailiena, porque demasiado sa-

beis que os quiero como á nadie le querido en el mundo.

—¡Vál... yo sé eso, ¡señer merino!

—Pues qué ¡sois acaso ciega que no habeis notado cuanto os miro en misa, y cuanto paseo vuestra calle, con el solo objeto de hablaros... de deciros que os adoro...!

—Yo, señor merino, jamás me cuidé de mirar otros ojos que los ojos de Alonso de Parades, mi prometido, ni me cuidé de si pasaba ó no pasaba por mi calle más persona que él, mi amante.

—Amante que no amaré tanto como yo, Ailiena.

Ailiena miró al merino con doble sorpresa.

Luégo, pareció encogerse de hombros, y dijo:

—¿Y nada más tentais que decirme, señor merino?

—¡Oh! ¡mucho más!

—Pues sed breve.

—¡Breve! ¡oh! lo que tengo que deciros no es para ser tan breve como pensais.

—Pues entónces... dispensadme, y bajad, porque puede venir mi amante, á quien espero, y me comprometeis...

—Es que no dejaré acercar al villano...

—¿Y por qué no?

—Porque yo os amo más que él, y soy más que él, y si se atreviese, si osase llegar aquí, estando yo hablando con vos, le mandaría dar de palos por los arqueros del señor conde, como á un perro...

—Pues para que tal no suceda, llamaré ahora mismo á mi padre...

A estas palabras de Ailiena, el merino se estremeció, y soltando la mano que tenía sobre el alféizar de madera de la ventana, se dejó caer á plomo sobre las losas de la calle.

Ailiena detuvo la voz en su garganta para llamar á su padre, al ver al merino en la calle.

En seguida, el merino suplicó á Ailiena que se asomara á oírle una sola palabra.

Ailiena se asomó.

Entónces el merino, que la amaba ciegamente, se arrodilló en la calle, y le dijo:

—Ailiena, os lo juro en nombre de Dios; si quereis ser mi esposa, con nadie, más que con vos me caso, y cuando querais.

El acento del antiguo paje Oñun era firme y sentido.

Ailiena pareció agradecerle aquel cariño.

—Dispensadme, señor merino, le contestó; pues pasado mañana, al romper el día, me casaré en la iglesia de San Pedro con Alonso de Paredes, á quien amo.

A estas palabras, á este reproche, siguió un silencio solemne.

Tan sólo le interrumpió el murmullo de maese Juan Alonso Baselo en las tablas, ó el ruido que hacía con el cepillo al debastarlas sobre el banco.

El merino no se levantaba del suelo: de hinojos al pié de la ventana de Ailiena, parecía petrificado de amor.

Para expresar aún mejor el sentimiento de cariño que lo enclavaba á sus piés, de rodillas como á los piés de una reina, el merino se descubrió la cabeza y colocó el birrete á sus plantas,

Una onda de luz de la luna alumbró las medias tintas de aquel cuadro, y la frente magestuosa del merino, elevándose serena y desnuda hacia la ventana de Ailiena, era una súplica mucho más elocuente que si el doncel hablara.

Ailiena respetó aquella pasión, tan teatralmente manifestada por el antiguo paje de Ronoel, pues volvió á decirle:

—Dispensadme... dispensadme, señor merino.

En seguida, como si la joven padeciera ante aquella demostración del hidalgo, cogió las hojas de la ventana en ademán de cerrarla y retirarse.

El merino que comprendió la idea, se levantó vivamente y se encasquetó el birrete.

—Esperad, Ailiena, le dijo con voz terrible.

Ailiena se detuvo á su vez petrificada por aquel cambio de acción y de voz.

—Esperad y oidme, siguió diciendo el merino; me habeis visto postrado á vuestros pies, como debía estarlo al pedirlos por esposa mía. Pues bien, al ver que me rechazais, cumple á mi amor y á mi hidalguía manifestaros que, al rechazarme, al preferir á Alonso de Paredes, un villano, un gañan que Dios confunda, á mi, don Nuño Gonzalez de Puga, merino mayor de Allariz, habeis firmado la sentencia de muerte de vuestro amante.

—¡Dios mío! exclamó Ailiena, ¡seréis tan infame!

—¡Si! Tanto á vos como á él, desde hoy os haré todo el daño que pueda... y ¡bien lo sabeis! para lograr mi objeto, para saciar mi venganza, me bastan muy pocas palabras.

—Dios nos protegerá contra vuestra cólera!

—¡Dios! exclamó el merino con sarcasmo, Dios mismo os pondrá á ámbos á mis pies; á él, muerto; á vos viva!

—¡Veámos como va á ser eso! gritó el joven labrador que nos abrió la escena, presentándose de repente delante del merino, blandiendo su bastón ferrado.

El merino mayor tiró de la espada.

Ailiena dió un grito.

Maese Juan dejó de cepillar las tablas... y entreabrió la puerta del taller.

Otra onda de luz de la luna alumbró al merino defendiéndose de Alonso de Paredes, con la espalda pegada á las casas de enfrente.

El merino se defendía con media espada, pues un garrotazo de Alonso se la habia quebrado, estropeándole á la vez el hombro izquierdo.

Al cerciorarse maese Juan de cuanto pasaba, salió con un machete á la calle en defensa de Alonso de Paredes.

La luna retiró sus ondas de luz.

A favor de la oscuridad, el antiguo paje de Ronoel pudo huir, desapareciendo entre las sombras hacia el castillo.

—¡Por qué habeis salido, maese? gritó Alonso á su futuro suegro: mañana irá diciendo que al fin somos villanos, porque éramos dos contra uno.

Todo esto fué tan instantáneo, que á ningún vecino puso en alarma tan extraña escena.

Momentos después, todo quedó en un silencio sepulcral, sin oírse ni aun el ruido del cepillo de

maese Juan Alonso Baselo, al debastar y pulir las tablas sobre el banco como ántes.

BENITO VICETTO.

(Se continuará).

EL MAR CANTABRO.

I.

Mar Cántabro, si acaso
haces bramar tus retorcidas ondas
por donde el Nerio el gigantesco paso
abre entre peñas y cavernas ondas;
tu trueno acalla aterrador; que sobre
tu calva orilla aspérrima y salobre,
cual flor descolorida
en los brazos del céfiro de mayo,
en dulce sueño y lánguido desmayo,
la muger de mi amor yacé dormida.

Mar Cántabro, sin ruido
mueve á sus pies tus ondas encorvadas,
que no llegue á su oído
el fragor de tus aguas despechadas;
y al doblar aquel cabo de alta frente
para formar un seno turbulento,
camina mansamente:
y tiende tu cristal sin movimiento
como el espacio azul del firmamento.

Angel terrible, espléndido océano,
tu poderosa mano
llena de horror y de inmortal grandeza
tal vez movida del dolor humano.
acaricie la frente á la belleza,
y su gentil cabeza
descanse al son de tu murmullo eterno,
ay! sin delito, en tu horrible esperanza,
virgen proscrita del hogar paterno.

La causa he preguntando de tu ira
eterna y formidable;
y porqué tu cristal se quiebra, gira
en círculo espantable;
y entre peñascos hórridos suspira
en serie perdurable,
tus olas en ejércitos moviendo
y entre las calvas peñas resurtiendo,
te levantas al cielo infatigable.
Más viene a mi memoria,
confundida del tiempo en la distancía,
pálida y triste tu fatal historia,
recuerdo cuando niño que intentando
saber la causa del eterno trueno
que habla dentro de tí con voz tremenda,
yo ví de asombro lleno
sacar del agua el anchuroso seno
ninfa gentil sobre una concha horrenda
gigante y retorcida,
y su voz sobre el aura adormecida
esparció, murmurando esta leyenda.

II.

«Oh! Cántabro insensato,
te entregas al dolor como un infante
á quién debil aqueja sueño ingrato,
tu delicada amante,
como la arena blanca, Galatea,
arrebató á tus brazos inconstante
el bárbaro destino;

y en el lábio de amor que centellea
relámpago divino,
en amorosa y lánguida pelea
bebe la vida un fauno peregrino,
de aurea caverna y honda,
en el tranquilo y solitario abrigo
el alma presa en la melena blonda
de alta arboleda en el silencio amigo.
Lloras como una ninfa... ¿Por ventura,
te avasalla el amor, ronco océano?
fantástica figura,
grata vision de horrenda calentura
es el amor tirano
esa pasion volcánica, hija impura
es del cobarde corazón humano.»

III.

Dijo así la nereida, y se hundía
con la gigante concha retorcida;
y rápidas se abrieron,
las verdes aguas en voluble huida,
y sus movibles círculos gimieron,
y porque su escondida
via mis ojos alcanzar quisieron,
de bramadora espuma se cubrieron.
Desde aquel día aciago experimentas
por una misma ninfa mis furoros,
y desde entónces como yo lamentas
con pálidas tormentas
entre cóncavas peñas, tus amores.

Desde entónces créi, ronco océano,
que arrastramos los dos el mismo sino;
que la tremenda mano
que ha grabado el escrito sobrehumano
encadenaba al tuyo mi destino.
Pues que tu adoras la mujer que adoro
entrambos combatiendo,
guardemos ambos en combate horrendo
de la soberbia tierra ese tesoro:
para sus crenchas blondas,
para corona á la celeste frente
perlas contienen tus azules ondas;
y yo para cantarla genio ardiente,
y versos que resuenan armoniosos
como el murmullo de escondida fuente,
ella á tus aguas cederá inocente
de cisne el seno, el cuello de paloma,
y envuelto en grato aroma,
acogerás el trémulo suspiro
que lance impresionada
de tus cristales al helado giro.
Tiende el ala sutil de leve bruma
sobre la sacra frente,
si el rojo sol la envia beso ardiente
y alza en rededor de su nevada pluma
rizado lecho de voluble espuma.

Llega tu verde labio al sacro oído
y cuéntala dulcísimas historias;
no del buque atrevido
que entre el humo escondido
la bandera levanta de sus glorias,
no el implácable golpe sanguinoso
de la inmortal cuchilla
del vándalo del Támesis undoso;
no del navio, gloria de Castilla
que en Trafalgar valiente,
contrarrestando la extrangera saña,
levanta al cielo la abrasada frente.

Yo digno soy de tí; siempre mi alma
lo comun desdeñando y deleznable,

ansió en la frente no alcanzada palma
ó digna ser de un hecho formidable.
Yo nunca te temí, ví tu oleage
con corvas alas combatir mi cuna:
y tu bramar salvaje
fué mi canto de amor, y tu corage
el beso maternal de mi fortuna;
y por mi tierna frente
lavando el polvo original del hombre
rodó entre gritos tu cristal ardiente.

Sólo tus largos brazos procelosos
pueden calmar mi pena;
danme un lecho tus silos cavernosos,
tus sirtes y tus bancos temerosos
y tu desierta arena;
y al golpe de mi suerte grato abrigo
el alto brazo de tu horror amigo.

Yo me envanezco de tu amor. El hombre
tiene el cobarde corazón de cieno;
quise cantar su nombre
y en mi garganta derramó veneno,
su mano desprecié descolorida,
engendro de la guerra,
por castigo de Dios fatal y hendida,
llena de tibia sangre fratricida,
manchada con el polvo de la tierra.

Pero tú, como yo, te has condenado
á idolatrar su hechura;
porque tú como yo bramabas atado
con férreos lazos á la tierra impura.
Un rostro soberano,
donde sus flores esparció la aurora,
adoras como yo ronco océano,
que asoma y se colora
en la verde ribera de la vida,
como asoma la frente encantadora
tras tormentosa nube tronadora
la gigantesca luna entristecida.

IV.

Esta es acaso la canción postrera
que vierto á su memoria,
y ojalá que á mi sien eterno diera,
penetrante relámpago de gloria.
Ay! jóven todavía,
el sepulcro diviso en lontananza,
y por extraña y cavernosa via
me arrastra brava desventura impía
sin gloria, sin amor, sin esperanza.

EDUARDO PONDAL.

Coruña—1860.

GALICIA PINTORESCA.

MONASTERIO DE MONFERO.

(Continuacion.)

II.

No nos despediremos del templo sin reconocer
unos sepulcros góticos, más antiguos por consiguien-
te que la obra actual de aquel y se encuentran á
un lado y otro de la entrada. Los más notables son
dos, que sobresalen del pavimento uno á mano iz-
quierda como entramos y otro á la derecha; mas, á
los pies de cada uno, se ve en el mismo pavimento

la tapa de otro. El sepulcro alto de la izquierda ó del lado del Evangelio, presenta varios escudos de armas de los Ulloas, pero no se nota en él, inscripción alguna, sinó el adorno entre los escudos, y sobre la tapa se halla la estatua yacente del caballero y representa ser jóven. Defendido el cuerpo con la malla y armadura, tiene gran espada y cuchillo. Custódianle los ángeles; y el perro leonés que se advierte allí, simbolizan la nobleza y prendas del finado.

El sepulcro enterrado que está á sus piés tiene en la tapa, bien cincelada de bajo relieve, la estatua del caballero y el escudo del *Ave María* de los señores de Andrade. Esta es la inscripción en caracteres góticos allí grabada:

+AQUI: JAZ: EL: MUY: NOBLE: CABALLERO:
FERNAN: PEREZ: DE: ANDRADE:

Al lado de enfrente, ó de la derecha como entramos, se alza del suelo el otro sepulcro segun hemos referido. Es por el estilo del de enfrente con quien hace simetría. La estatua empuña con la izquierda la espada y coge con la derecha una especie de báculo ó vara alta con un apéndice á manera de garfio cerca del extremo superior. La inferior parte, ya rota con los años. Toma tal insignia con veneracion pues la tiene cogida con un pañuelo. Está militarmente aderezada la estatua, igual que las anteriores, cayéndole el plumage del casco sobre los almohadones de la cabecera del sepulcro. El rostro severo. Dos escudos del *Ave María* ó de la casa y señorío de Andrade. Alrededor del sepulcro se advierte en caracteres góticos de gran relieve y buen tamaño, la siguiente inscripción en puro idioma del país.

+O: JHS: AVEDE: PIEDADE: DA: ALMA: DE: NU-
NO: FREIRE: DE: ANDRADE: CAVALEIRO: DE:
VERDADE: UM: DOS: DO: CONSELLO: DO: REY:
QUE: SE: FINOU: EN: O: ANO: D: MIL: E:
CCCCXXXI: ANOS:

A los piés de este sepulcro se halla hundido en tierra otro parecido al que á los suyos tiene tambien el de enfrente, con estatua, escudo ó inscripción imitantes. Dice así la inscripción grabada:

+AQUI: JAZ: EL: MUY: NOBLE: CAVALLERO:
DIEGO: DE: ANDRADE: DO: CONSELLO: DO: REY:
QUE: SE: FINOU: NO: ANO: D: MIL: E: CCCCC:
XXXI: ANOS:

La casa de Andrade, segun el respeto guardado por los monges á estos sepulcros despues de la fabricacion del nuevo templo, alguna relacion debe tener sin duda con esta casa monacal. Somos de opinion que estas sepulcros estuvieron algun dia en otro preminente lugar, tal vez en la capilla mayor del templo antiguo, cual era costumbre obsequiar las cenizas de los grandes bienhechores de monasterios é iglesias. Andando el tiempo, ya por esta causa, ya con motivo de las reedificaciones, se fueron trasladando en muchas partes esos lucilos para la entrada como en Sobrado, San Francisco de Betanzos, la catedral de Santiago y aún en otro lugar del edificio como sucedió en San Francisco de la última ciudad.

Nosotros conservamos en nuestros apuntes que los señores Fernán Perez de Andrade o Boo y Diego de Andrade, donaron al monasterio de Monfero considerables bienes en las parroquias de San Tirso de Ambroa, San Gíao de Carantoña y otras en el partido de Santa Marta de Ortigueira. El Fernán dispo-

ne en su testamento se le diga una misa rezada cada dia en este monasterio por las almas del rey don Enrique, la suya y la de sus deudos, y ordena que por esto se le dé al monasterio toda su heredad de Ortegá, sita en el coto de Santa Marta, derivada de sus padres Roi Freire de Andrade y Mayor Fernandez, condicionando que esta heredad no se pudiese vender, cambiar ni empeñar en manera alguna.

Y Gomez Freire de Andrade en su testamento, año 1252, tiene la siguiente cláusula: «Iten mando «meu corpo á terra desque Deus leve miña alma «de este mundo que se enterre dentre en o mosteyro de santa Maria de Monfero, e mando para ajuda «e sostentamento do dito mosteyro e por amor da «virgen señora santa maria a meatade dos vasalos «e rendas que en el ayo e que me digan en cada un «ano unha misa cantada para sempre en o altar ma- «yor ante a virgen maria para sempre.»

De este Nuño Freire de Andrade se escribe que en el año de 1428, recibió magníficamente en sus tierras y le hizo toda la costa, mientras en ellas estuvo, al infante don Enrique de Aragon, viniendo en romería á Santiago, y que en 1429 concurre con el duque de Arjona, Per Alvarez de Osorio señor de Villalobos y otros caballeros al real del rey don Juan II, en su defensa con ochocientas lanzas y más de mil peones que todos llevaban. Pero lo más señalado para la historia de Galicia de su tiempo es lo que de este personaje se añade y es el pleito entre él y sus vasallos de la Puente deume, Ferrol y Villalba que eran suyas y habian tomado las armas contra él por la aspereza de su gobierno y condicion. Asegúrase que serian los mal contentos y amotinados más de tres mil hombres á los cuales fueron agregándose otros muchos de los obispos de Lugo y Mondoñedo, con lo que llegarían todos á más de diez mil hombres, cuyo capitán habian hecho á un (hidalgo) hidalgo que se llamaba Ruy Sordo: que hicieron estos, grandes daños por toda la tierra y los llamaban los *Hermanos* porque habian hecho hermandad y confederacion entre todos para ayudarse unos a otros: que envió el rey orden al arzobispo de Santiago don Lope de Mendoza y á don Alvaro de Isorna, obispo de Cuenca y natural de Mondoñedo, para que sosegasen esta gente sin rompimiento ni escándalo: que no lo pudieron conseguir por bien porque estaban muy soberbios [los *Hermanos*, antes intentaron entrar por fuerza de armas la ciudad de Santiago, lo que resistió el arzobispo con los vecinos de ella, juntando hasta tres mil peones y trescientos hombres de a caballo: que peleó con ellos por una parte y los desbarató: que se juntó Nuño Freire con Gomez Garcia de Hoyos, corregidor por el rey en esta tierra: que fueron á la Puente deume, cuyo castillo tenían cercado más de cuatrocientos hombres de los *Hermanos*, estando dentro la muger é hijos de Nuño Freire: que pelearon con los cercadores; y por último, que les hicieron desembarazar sus puestos, muriendo algunos de los *Hermanos* y siendo otros presos y ahorcados, con lo que tuvo fin este alboroto de Galicia.

Sin duda á consecuencia de tan tristes sucesos fué la protesta que Pedro Padron, procurador del concejo de Ferrol hizo en 18 de enero de 1432, ante las puertas del palacio del rey don Juan en Zamora, y por no haber podido entrar á su presencia con objeto de que no se diese el señorío de la villa á Pero Fernandez ó segun hallamos en otros documentos, Fernando Perez Freire de Andrade, hijo de Nuño, por los muchos males y daños que de uno y otro habian recibido y recibían, segun de ello y á nombre del concejo del Ferrol por distintas veces se habia querrellado, sus peticiones en el muy alto concejo, sin obtener del rey resolucion alguna. La copia

de dicha protesta se ve á las páginas 249, 295 y 296 de la Historia y descripción del Ferrol por don José Montero y Aróstegui.

Tales son los recuerdos históricos que se arremolinan sobre ese sepulcro poco alzado del suelo, retirado á un lado al principiarse la magnífica nave del templo de Santa María, joya de arquitectura abandonada en el seno de las más agrestes y pintorescas montañas, y que luego será convertida en un montón de escombros con todo el monasterio de Monfero.

(Se continuará.)

ANTONIO DE LA IGLESIA.

Á BRION.

Armada poderosa,
árbitra ya del líquido elemento,
lanzó Albion orgullosa,
y la mar procelosa
surcó impulsada de inconstante viento.

El sol del poderío
que un día de mi patria ornó la frente,
hacia el ocaso frío
ya declinaba: impío
el anglo en tanto alzábase potente.

Oh Brion! tú le viste
en sus naves llegar, y hollando fiero
desierta playa ¡ay triete!
y el verdor que te viste,
disponer sus cañones altanero.

En tu elevada cumbre
ya su estandarte al viento tremolaba:
del sol á la vislumbre,
inmensa muchedumbre
á la bárbara lucha se aprestaba.

Escasos moradores
los muros de mi patria contenían:
del hambre los furiosos,
pesares, sinsabores
aquellos héroes míseros sufrían.

Pero jamás cabida
bastardo miedo halló en sus corazones:
á la patria querida
ofrecieron su vida,
y ellos también cargaron sus cañones.

Las espadas blandieron,
el hondo mar impávidos cruzaron,
tu aspereza subieron,
y, cuando la vencieron,
del anglo frente á frente se encontraron.

La fuerza triplicada
del inglés nada fué por el portento
de valor que mi amada
patria, desplegó airada
en aquel gloriosísimo momento.

Con afanes prolijos
quiso hacer suya el anglo la victoria;
más ¡oh Ferrol! tus hijos,
al pie del cañón fijos,
héroes fueron, asombro de la historia.

Que cual tromba sonante
altísimos alcázares derrumba,
esi al anglo arrogante,
que se ostentó gigante,
abrieron los abismos de la tumba.

En fuga vergonzosa

acogióse á sus naves, que luchaban
con la mar procelosa:

rugía borrascosa,
y otro fiero enemigo en ella hallaban.

Las velas desplegaron
y removiéndose en torno blanca espuma,
el piélago cruzaron,
y pronto se ocultaron,
perdidos de la mar entre la bruma.

Hoy, único trofeo
de la victoria que ilustró tu cumbre,
el resplandor febeo
con entusiasmo veo
bañar tu cima en brilladora humbre.

SEGISMUNDO GARCÍA.

Ferrol, 1873.

TIPOS POPULARES DE GALICIA.

EL CADICEÑO.

(CONCLUSION.)

Sobre todo, al ver todo el *alquijaje* con que cargan los pollinos, aquellas pobres gentes, generalmente agoviadas por la miseria, ó una grande escasez, no pueden ménos de mirar al *cadiceño* como un enviado del cielo, y como no se guardan demasiados cumplidos pronto pasan, latándole el corazón, á revisar los bauls, cuyas chapas y clavos dorados prometen guardar cosas muy buenas, todas venidas de aquellas tierras en donde *dan pan por dormir*, y en la cual, el *pantrigo* y el *puchero* con carne y *garabanzos* son cosa corriente para cualquiera. Cuanto se les presente, venido de la *suidá* de *Cais*, ó de esa Habana, que ellos contemplan en su pensamiento ántes de haberla visto, poco ménos que como el paraíso ó la ciudad de *Jauja*: todo es bueno, excelente y magnífico, y el *caiceño* que lo sabe, al sacar del primer baul los objetos que compró en el pueblo más próximo á Santa María de Meixide, encarece su buena cualidad, diciendo:

—Vayan *ostés á mercar* por aquí, un *gabon* como este, y tan *bratismo* y unas *shintas* tan *foertes* y lindas, y unos *pañuelos* tan *comprios*, No *d' esto n' hay nesta tierra*.

Y hé aquí, que todo lo que viene en uno de los bauls más *maníficos*, se reduce á lo que como dejamos dicho, compró en Galicia, y á varios remiendos de paño y zapatos viejos que *trujo de allí*, por no *atopar sitio donde tirarlos*.

Pásase la revista del segundo baul, y aparecen ropas á medio uso, gorras *idem*, camisas de mil colores, todas *muy bonitas*, pañuelos de narices, y se acabó la función. Se abre el tercer baul, ¡y aquí sí que hay novedad en las *prendas*! Libros á los que les faltan la mitad de las hojas, estampas iluminadas con colores, alguna flauta con llaves de plata, ó alguna gaita con fuelle forrado de seda, ¡qué hermosura! un baston con puño también de plata, ¡qué lujo! un retrato *verídico* hecho á la *rotografía*, y despues un pañuelo de *respon* de la india... ¡cuánta riqueza!.. *pró...* ¡y los cuartos?

El cuarto baul, que pesa como si se hallase

hano de piedras, tiene un secreto de los pocos, y aquí es ella. El cadiceño, no dice así de sopetón cuanto tras, pero empieza por enumerar todas las mejoras que ha de hacer en la casa, las reses que ha de comprar, los gorrinos que ha de matar, y las romerías á que ha de asistir en compañía de la familia.

No hay uno en la casa que al ver tal no se contemple rico y feliz y mucho más, cuando en medio de la alegría que reina en la casa oyen cantar al cadiceño, que tiene los cascós calientes con el vino:

*Naide se meta conmigo,
que soy un lobo en Sevi,
y astra la tierra que piso
me parese una pesoña.*

Al otro día de la llegada del cadiceño, en el cuarto más retirado de la casa, es cuando al fin, apenas rompe el día, se abre el baul, que tiene dos cerraduras de secreto y además el secreto de por dentro.

La tapa se entrea bre lentamente, y aparece á las ávidas miradas de la madre ó de la esposa un cuero tendido. El cadiceño levanta con la misma parsimonia y lentitud el cuero, y aparece una gruesa capa de papeles cortados, levanta los papeles, y aparece un pañuelo de yerbas, levanta el pañuelo de yerbas, y aparece acostada una *lavita* de paño *sadan*, *legítimo*, y *nativo de la mesma ciudad de Cais*, debajo de la *lavita* descansa un pantalon del mismo paño. Aquella es la ropa con que *foera* se vestía de caballero *coma los más*, porque *na quellas tierras naide* gasta ni montera, ni calzones...

Pró... ¿y los cuartos?

Debajo del pantalon se descubre otro pañuelo de yerbas, y otra gran capa de papeles cortados, y allá en la profundidad del baul reposan con todo el peso de su gravedad multitud de guijarros...

Santo Dios... Pró ¿y los cuartos?

Nel secreto están criatura!.. responde el cadiceño sonriendo por el gran susto que acaba de llevar la pobre mujer.

Y bien pronto con sus gruesos dedos toca una tablita que se resbala silenciosa y aparecen varios montoncitos envueltos en papeles blancos y amarillos. Los amarillos encierran el oro, y los blancos la plata. Mas todo el tesoro cabe en un puño, y alcanza apenas á arrancar de la miseria á la familia por algunos años, y hacerle entrever un mediano bienestar.

El que gana más, rara vez vuelve á la patria, y si lo hace, es cuando ya viejo y sin poder trabajar, viene, por un resto de amor al país que le vió nacer, ó quizá por egoísmo, á morir á su aldea acabándose casi siempre con él, la última moneda que ha ganado á costa de su dignidad.

Como generalmente aguardan al vispera del Santo Patron para presentarse en el lugar, y casi todos ignoran su llegada, es de ver como al otro día hacen su recepcion.

Plántanse la ropa de curros, luciendo en la camisa el enorme alfiler, que siendo de cristal puro y sin mezcla, quieren hacer pasar por diamantes. El sombrero les cae de tal modo sobre una ceja y es por lo regular tan chico para su cabeza, que más bien que sombrero parece solideo, la faja le

envuelve el talle como una sábana, mientras la chaquetilla *laboreada* se le queda en medio de las espaldas, como á un muchacho que habiendo crecido, lleva un traje que no creció con él.

A las mangas ó les sobra ó les falta y lo mismo al pantalon, que le cae sobre las grandes botas como á la fuerza, ó se queda más arriba como por casualidad. Pero lo que más luce y brilla en su persona es la gran cadena hecha de varios metales á que llaman oro, y la *moestra* del tamaño de su sombrero á la que consultan á cada paso muy interesados en saber qué hora es.

Con tal atavío, y sin olvidarse de llevar el gran *pareanguas*, se encaminan hácia la iglesia mientras todos están en la misa mayor, y se colocan á la puerta en el sitio más escondido que pueden, hasta que la gente sale.

La multitud se agolpa en tumulto, cada cual quiere salir el primero, y aprovechándose entonces ellos de la confusion que reina, nuevos Longinos, ó semejantes al caballero de la Mancha, cuando lanza en ristre se arroja sobre los molinos de viento, enarbolan el gran paraguas, y... al pasar algunas de las jóvenes que ellos tienen en la niña del ojo... arremetiendo con energia... pom!!! le encajan el regaton con toda fuerza en medio de las costillas.

La tan brutalmente herida vuélvese entonces, contra el agresor lanzando un agudo grito... pero ¡oh sorpresa!

Cuando ve tan majamente vestido, al cadiceño en quien no pensaba, olvidase al punto del terrible dolor, que el golpe alevoso le produjo y exclama:— ¡Nunca Dios me deixara, Anton!.. ¿é ti elo? por pouco me magoas... pró... ti elo?

— ¡Soy el mesmot ¿Seica m' ñoras? responde el galan apurando más que nunca la ce, y hablando con la gerga más confusa y visible del mundo. *Icimo la viaque en vintiao dia, desenbracamo en la Cruña navntruente y aqui chegamos tan interos coma salimos, é quielo vé?*

En seguida regalan á la favorecida unos cuantos pellizcos y apretones de lo lindo, de los cuales les quedan señales para mucho tiempo; mas para ellas todo es miel y rosas, hallando tan dulces y agradables las chanzas y las maneras de los Cadiceños, que ya sólo ellos imperan en su corazon.

Así el cadiceño, manda, reina y pervierte, de la manera más peligrosa. Enfatado é ignorante, todo lo mira en torno suyo por cima del hombro, inspirando á los que le oyen el desprecio á su país y contando maravillas de los que él ha recorrido.

Sólo cree en Dios, en cuanto le conviene, y no teme perjudicar en su provecho á los que se intimidan con su traje y sus pastillas.

Mucho más pudieramos añadir sobre este tipo tan marcado, y que tanto prepondera en las aldeas de Galicia, trayendo á ellas todo lo que han aprendido en tierras más civilizadas, y nada de lo bueno que allí existe, pues su ignorancia, y el ansia ardiente de hacerse ricos en poco tiempo, arrastrándoles á la humillacion, las penalidades y la bajeza, no les permite modificar sus malos instintos ni aprovecharse de las excelentes cualidades que les son propias.

Pero es forzoso que concluyamos atendiendo al corto espacio de que podemos disponer, áun cuando

procuraremos no olvidar en más propicia ocasión, el extendernos sobre un asunto, que según creemos es de alguna trascendencia para el país.

ROSALÍA CASTRO DE MARTINEZ

Santiago—1866.

LA MUJER.

¿Qué es la mujer? Un problema de solución imposible con solo un lado visible, que es el lado por que quema. Si es su hermosura un poema de celestial armonía, donde vive la alegría siempre agena al desengaño, quien venga á hablar en su daño que se lo cuente á su tia.

La mujer... (No hay que enfadarse por lo que diga, sincero.)
La mujer... (Pero no quiero que ellas puedan amoscarse.)
La mujer... (No hay que asustarse por mis palabras, tampoco.)
La mujer... (Su nombre invoco, para escapar á un castigo.)
La mujer... ¡Cuando yo digo que es para volverse loco!

Un poeta, á quien aclama el orbe, en génio fecundo, cuyo nombre llena el mundo rodeado de justa fama; dijo que el sér á quien ama el hombre en ciega locura, por quien pierde su ventura, por quien trueca su alegría, era... como la sangría, que nos mata y que nos cura.

Y á fé que en tales escritos rudos fueron los talentos, porque yó, en ciertos momentos, ¡qué me sangren! pido á gritos. No son los más eruditos quienes mejor la comprenden, á la mujer no la entienden los que en su redor pululan; si los trata bien, la adulan; si los trata mal, la venden.

La mujer... (mi parecer voy á escribir de este modo:) Para mí es capaz de todo cuanto existe, la mujer. Ella el dolor y el placer hácia donde quiere inclina; nos salva, nos arruina y nos dá ventura y pena, que si á Troya perdió Elena, salvó á Aragon Agustina.

Son las Evas de este edem que mundo han dado en llamar;

pero ¿y quién no ha de probar la fruta que ellas le dén?
Si nos enseñan el bien, ¿quién á su voz se resiste?
El lado malo consiste en lo que no vé la gente...
¡Suprimase la serpiente, porque no hay duda que existe!

Que guarde Dios á ese sér sin el cual nada es la vida, á esa tentacion querida que se llama la mujer. En ella existe el placer y la dicha más preciada; sin ella no hay luz en nada, ni hay porvenir, ni hay recuerdo...
Lo digo... porque me acuerdo de mi madre y de mi amada.

VICTORINO NOVO Y GARCIA.

Madrid, —1875.

CUADROS DE LA HISTORIA DE GALICIA.

Movimiento democrático-galaico en el siglo XV, y asesinatos del obispo de Lugo don Lope y del de Orense don Francisco Alfonso.

(Continuacion).*

X.

«Aquel sagrado refugio no fué bastante á contener á los amotinados. La algarada duró tres dias y dos noches, hasta que los parciales del obispo, bajando de los llanos de Allariz y la Rabeda, pudieron despues de una pequeña lucha librarle de aquel conflicto.»

«Esta dura leccion no fué bastante á contener las exigencias del prelado: por el contrario, apoyado en la fuerza, en la proteccion real y en la bula de excomunion expedida por el pontífice contra los jefes de los sitiadores, hizo más inflexible su voluntad. Los principales ciudadanos mal avenidos con aquel desenlace, maquinaron una venganza ejemplar. El 26 de octubre de 1345, cruzaba por el estrecho camino de Barbantes á Orense el obispo, cabalgando con su paje; venia de visitar las parroquias de Moreira y al paso llamado del pozo Maimon, en donde una fuerte depresion de la ladera, obliga al camino á orillar el rio sobre un precipicio de 15 metros en un declive peñascoso, un grupo de hombres mandados por Lope de Alongos, escudero de Pedro Lopez Mosquera, salió de la emboscada, y empujando la cabalgadura, precipitaron caballo y jinete en las agitadas aguas del Miño.

«Algunos años despues, en la plataforma [de la puerta lateral del Sur, de la catedral, celebrábase una escena ridicula. El cabildo con cruz alzada precedido por el provisor Fr. Lope de Galdo, ocupaba la puerta del templo. La comunidad de San Francisco llenaba la plataforma, extendiéndose el pueblo por la plazuela de Antemortos ó Paso da Quintan. En medio de la comunidad franciscana, algunos hombres del pueblo desnudos de medio cuerpo, oían devotamente los *Psalmos de Miserere* que entonaban el clero catedral y monacal dirigidos por (el P. M. Fr. Alfonso Gomez, que daba con su cordon en las espaldas al regidor Pero Diaz de Espinosa, Garcia

Diaz de Caguerniga, Pedro Lopez Mosquera, escudero y alferez mayor de don Fadrique, duque de Arjona, á Lope de Alongos y otros, excomulgados por el delito de haber sitiado al obispo en la catedral, y mandada levantar la excomunion por el papa Martin V, á la faz de todo el pueblo y mediante algunos donativos hechos por los penitentes á la iglesia catedral.»

«Los mismos autores del motin, fueron los de la muerte del prelado como se justificó despues, —pero aquel delito quedó velado por el misterio. (1)

«Aumentadas las rentas de la catedral con los donativos de aquellos penitentes y con los bienes confiscados á los demás cómplices de aquella asonada, á fin de evitar que los escándalos se repitiesen por aquel motivo, se dieron ordenanzas municipales, desconocidas hoy por la incuria de los encargados de custodiar la documentacion del Concejo; pero que á juzgar por algunos fragmentos que tenemos á la vista, debian ser muy célebres con referencia á la época.»

BENITO VICETTO.

Ferrol, 1873.

EL SUSPIRO DE MI AMOR.

I.

Si al fulgor de las estrellas
en la noche silenciosa
sobre el aura vagorosa
llega a tí leve rumor,
sal por Dios á la ventana
disipando mi amargura,
que es la voz que allí murmura
un suspiro de mi amor.

II.

Si el frenético murmullo
del festin llega á tu oido
y percibes entre el ruido
un acento de dolor,
es mi alma enamorada
que á tí vuela, amor buscando,
por donde pasa dejando
un suspiro de mi amor.

III.

Cuando estalla la tormenta
sobre el mar en son violento
y en las jarcias gime el viento
con espantoso furor,
tambien allí tu recuerdo
que ni un instante me deja,
arranca al alma una queja
como un suspiro de amor.

(1) Los documentos sueltos de donde tomamos estos datos, están comprobados y justificados con el libro 2.º del canciller Aurario, en donde al folio 71 consta la declaracion prestada por don Pedro de Tamayo, rector del beneficio de Moreira.

IV.

En el valle, en la montaña,
do quiera te ven mis ojos;
para templar mis enojos
mirame tú sin rigor:
si te apiada el llanto mio,
ya que me robes la calma
abre, hermosa mia, el alma
al suspiro de mi amor.

NICOLAS MAZON SOLANA.

Ferrol — 1850.

GUDA Y YO.

VIAJE AL PLANETA SATURNO.

(Continuacion.)

VI.

Un ateneo ambulante.

—Y no creais, añadió el génio, que esos astros hayan existido asi desde el principio de todas las cosas: fueron un dia partes integrantes de un cuerpo celeste de la misma forma que la Tierra y que, hecho fragmentos por un violento choque, les dió ser. Bien, los veis ¿no es verdad?...

—Si, murmuré, no queriendo interrumpirle.

—Vuestra amada Guda habrá oido, nombrar ántes de ahora á Vesta, Ceres Juno, Palas, Flora, Victoria, Metis, Hebe... hélos ahí; de ellos hablo.

Guardamos silencio Guda y yo, despues de un signo de asentimiento, y el génio prosiguió:

—No os asombre que no haya hecho hasta aquí mencion de la *causa primera*, de la causa de todas las causas, porque esto no compete á la ciencia. Esta estudia las causas que producen los efectos, pero considerando la cuestion sólo bajo el aspecto físico, esto es, haciendo abstraccion del agente, creador ó poder moral que las motiva ó motivó. Ese punto, tan rebelde al cálculo, ha sido desechado por ella viniendo á ser asi objeto de esa llamada ciencia de la fé, la cual confunde, llega tal vez á persuadir, pero no convence; ó bien de esa otra clase de conocimientos denominados filosofía ó amor de la sabiduria y que seria más propio titular *historia de las aberraciones humanas ó ludus verborum*. —En cuanto á los blanquecinos surcos que excitan vuestra atencion, no son otra cosa que grupos de estrellas en número infinito. Reflejándose mutuamente la luz, forman nebulosas ó nubes de vapor luminoso, y esto es tan evidente que no teneis más que fijaros para distinguir puntos más intensos que el resto, confusa perspectiva de los focos luminosos. Ese rastro mayor que atraviesa toda esta region, es la via láctea ó camino de Santiago, como le llamaréis vosotros.

Este último nombre causó profunda emocion en Guda, en cuya mirada lei este pensamiento: donde queda ya la antigua capital de nuestra amada Galicia!

Yo sentí también la impresión de un triste recuerdo, pero procuré dominarme y animarla con una ligera sonrisa.

Después de una breve pausa, el genio continuó:

—El último nombre no es general: sólo en España y sobre todo en Galicia, es donde algunos se lo dan. Su origen proviene, como ya sabéis, de que servía de guía á los numerosos peregrinos que de todas partes se dirigían á Compostela, para visitar su catedral y adorar el cuerpo del apóstol. —Además de la multitud de estrellas que dan ese color de leche á la vía, hácese notar ésta por las hermosas constelaciones que siembran su inmediación. Ahí teneis el Cisne, en el espacio lácteo, bellísima constelación formada por muchas estrellas de diferentes magnitudes, entre las cuales descuellan esas cuatro tan brillantes y que unidas por dos perpendiculares convenientemente trazadas, darían lugar á una cruz perfecta. Aquellas otras cinco estrellas que forman tan vistoso prupo semejando una *m*, constituyen la constelación llamada Casiopea. Más lejos, en la misma vía lactea, podeis contemplar aquellas tres esplendentes fijas, que corresponden á Perseo; y un poco fuera de la lactea, mirad la hermosa estrella que lleva el nombre de Algol. Hacia el otro lado del Cisne, aparece el Aguila, entre cuyas estrellas descuella Altair, en el centro. Ved allá á Cefeo, una de cuyas estrellas, situadas en arco, está tocando la vía lactea. Separada de ésta, más hacia el zenit, teneis las dos osas Mayor y Menor, y en esta última la polar.

—Héla allí, dije señalándosela á Guda: dirigid una visual por la estrella inferior del Cisne, atravesando á Cefeo, y la hallaréis.

—¡Ya la conozco exclamó Guda, cuya mirada se fijó en la polar.

—Esa es la estrella, continuó el genio, tan conocida de los navegantes por corresponder próximamente al polo boreal del mundo, al rededor del cual parece describir un pequeño círculo. Es por consiguiente, una estrella circumpolar muy á propósito para hallar la altura del polo, allá en la Tierra, para lo cual basta tomar la semisuma de sus alturas máxima y mínima. En cuanto á la del ecuador sobre el horizonte, no ignoraréis que es complemento de la del polo.

Siguió después pasando revista á las demás constelaciones, entre las que mencionó á Las Pléyades, Aldebarán, Andrómeda, Pegaso, Orion ó Los tres Reyes, la Cabra y Los gemelos, llamando muy particularmente nuestra atención Siro, la más hermosa de las estrellas, situada en la boca del Can mayor; y Arturo, en la constelación del Boyero.

—Fueron los griegos, añadió el genio, los primeros á dividir en grupos las estrellas, á fin de introducir método en el estudio de la astronomía; y con objeto de distinguir fácilmente estos grupos ó constelaciones, les dieron nombres particulares, tomados en su mayor parte de la mitología. Aun cuando parece que ningún criterio ha presidido á estos nombres, preciso es convenir en que, por lo ménos, los que llevan las doce constelaciones del zodiaco, revelan ya profundos conocimientos sobre el movimiento anual de la Tierra

y encierran cierto sentido alegórico.—Por lo que hace á la diferencia de brillo que notaréis entre estas diversas estrellas, no depende quizás tanto de sus masas como de sus distancias á nosotros. Ved ahí una de ellas, no ciertamente de las mayores, el sol, que se nos presenta, no obstante, de una magnitud extraordinaria y sólo por razón de su proximidad. El es, según la exacta teoría de Copérnico, el centro del sistema á que corresponde la Tierra, ó el astro que parece presidir y conservar las leyes que eternizan la existencia de tal sistema: con su gravitación proscriben la inercia, y con su luz y calor es fuente de vida para todos los seres que pueblan sus astros. Y aquí llega el momento de hablaros acerca del origen ó manantial de esa misma luz y calor. Fenómeno es este de tan sorprendentes efectos, que, se le admira más cuanto más se le estudia y, á pesar de caer bajo la inmediata acción de los sentidos, es muy difícil de comprender.

GENARO SUAREZ Y GARCIA.

(Se continuará.)

EN EL ALBUM DE LA ALHAMBRA.

INSPIRACION.

*Sólo una Alhambra hay no más,
y esa Alhambra está en Granada.*

Victor Hugo.

Bajo un cielo de colores
al pié de Sierra Nevada,
hay una ciudad de flores,
cármenes y ruiseñores,
y esta ciudad es... Granada.

Como cristalinas fuentes,
aguas del Dauro y Genil
precipitan sus corrientes
por las floridas vertientes
hasta la ciudad gentil.

Su luz de rubí retrata
en su atmósfera la aurora;
el sol, ondas de escarlata;
y la luna brilladora
un océano de plata.

Para albergar una zambra
de huries y trovadores,
Dios dijo:—*asean primores;*
y abrió la mano, y la Alhambra
cayó entre sus gayas flores.

Desde entonces en el suelo
es la Alhambra en alta sierra
lejana de todo duelo,
morada del Rey del cielo
cuando desciende á la tierra.

Rechaza el alma su historia...
y en sus ámbitos preciados
esmaltan nuestra memoria
los querubines alados
que giran allá en la gloria.

Formárala el mahometano;
mutilárala el cristiano;
al admirarla imagino
que nada, en ella, es humano;
que todo, en ella, es divino.

El César, de gloria en pos...
el César, de sangre tinto... (1)
hizo del palacio, des:
¡la sombra de Carlos V,
ante la sombra de Dios!

Que no hay en el mundo nada
ni podrá hacerse jamás
como la Alhambra encantada:
¡sólo una Alhambra hay no mas,
y esa Alhambra está en Granada!

BENITO VICETTO.

1862.

RECUERDOS DE UN VIAJE POR GALICIA.

ORENSE.

II.

La reconquista de Orense.

(CONCLUSION.)

Era esto poco despues que rayara el alba, y los galaicos habian descendido de las cumbres del monte como águilas. En la primera y postrera gente venian defendidos por lorigas y perpunes, y los otros sin estas defensas, pero bien armados de lanzas, escudos y espadas, ó con arcos, saetas, hondas, hachas, mazas y guadañas cortantes.

Principió la batalla, con enemigo furor, en el castillo del puente. ¿De qué servirán sus muros y torreonnes, estando escrito que el leon se sentará en ellos?

Que los galaicos son leones en sus castillos, aguilas en sus caballos, que cuando ven las ocasiones saben aprovecharlas, y cuando quedan vencidos son eabras en escapar á los montes y no ven la tierra que pisan:

Y si está escrito que has de ser infeliz, no estás seguro aunque te escondas y encarames sobre las altas rocas, ni evitarás la saeta del hado aunque te subas á las estrellas;

Así como cuando la Providencia te ha puesto en la mano el hilo de la felicidad, todas las criaturas concurren á hacerte feliz, tus mismos enemigos te ayudan, y si se ofrece alguna dificultad la fortuna cuida de vencerla y allanar el paso...

El horno del combate permaneció encendido desde la aurora hasta la noche, la llama llegó á las almeas, y en las nubes de humo subieron los leones. La luna se miró en el rio, y se vió roja; que el espejo estaba manchado con sangre muslima y con sangre cristiana.

Si, con sangre cristiana, porque los leones no vencieron hasta que los defensores del Islam acabaron despedazados, y antes, vendieron muy caras sus vidas.

Ahora vienen á la ciudad y en ella falta gente de guerra, escasean las provisiones, están con nosotros cuemigos que ya rien, ¿qué esperanza nos queda?

Saciar nuestras espadas sedientas de vidas, porque los destinos escritos con estrellas en el gran libro, se cumplirán.

Los montes, los pasos dificiles, los desfiladeros están tomados por gente avezada á la pelea, valientes como el valiente, y allí pocos y sueltos bastan.

La ciudad ve á sus piés á Adious vestido con la purpúrea clamide ¿no se rendirá al poder, como las hermosas?

(1) Villalar.
T. II.

¡Ay de los musulimes que coronan los azuores! más les valiera tener sed en el ancho desierto, y volar por el en sus corceles, aunque no tuviesen más riquezas que sus armas, su piel y saco de provision, y su horterera de cobre.

Pero no, por Alá, no huyais, musulimes, aunque seamos cuarenta contra cien; que la guerra es la escala del Paraíso; que las victorias, y la muerte, y las derrotas están en la mano de Dios...

Y todo cedía á las espadas galaicas, rebadoras de vidas, látigos de Dios que castigaba los pecados de los fleles cuando la fortuna les volviera las espaldas.

Una temp-stad desoladora quebró las astas de nuestras picas, caen del cielo nubes de piedra y saetas, el polvo levantado en remolinos hace el dia oscuro y da horrible sombra á los hijos de la guerra.

Y la ciudad cautiva da un brazo al vencedor porque le amaba, mientras Abu Ofman, prisionero de los galaicos repite: «Loado seas, Señor Dios, dueño de los imperios, que das el señorío á quien quieres...

JOSÉ MARIA GIL.

Orense - 1850.

A LA MUERTE

DEL POETA GALÁICO,

JOSÉ PUENTE Y BRAÑAS.

Rotas las cuerdas de tu hermosa lira,
mudo el sonar de tu divino acento,
escúchase en el viento,
un ¡ay! agudo que dolor inspira.

El céfiro suspira,
y el aura gime lenta y solitaria,
y el ave triste en la espesura llora,
y llanto vierte la apacible aurora.

Allá del mar en la risueña orilla,
cuando en las ondas sus cabellos de oro
sumerge el sol, en un peñon sentado
al viento dabas tu cantar sonoro,
y el viento al mar tu canto repetía.

Y el mar con voz potente,
al mundo americano lo estendia;
y el bárbaro torrente
que el Niágara derrumba impetuoso
al escuchar tu peregrino acento
lornó su furia en pasmo silencioso...

solo exclamar en su derrota pudo:
«Trovador inmortal, yo te saludo.»

¡Oh Galicia infeliz! Tu que en las horas
de infortunio cruel te adormecias,
al blando son de mágicos cantares,
derrama llanto á mares,
que el divino cantor que ayer oiste,
¡pátria desventurada, ya no existe!

No existe, no! El huracan soberbio
que el rayo apaga del vivir, sujeta
con mano audaz los labios del poeta.

¡Llora, llora, infeliz! Llorad vosotras
virgenes puras de mi pátria hermosa,
la cineraria losa
cubrid amantes con eternas flores,
y al trono alzado de Dios omnipotente,
la tierna voz en oracion doliente.

JUAN MANUEL PAZ.

Orense, julio 28 de 1857.

SEMBLANZAS GALAICAS CONTEMPORÁNEAS.

DON JOSE ALONSO LOPEZ.

I.

Brilló asimismo en este reinado el Sr. D. José Alonso Lopez, hijo del Ferrol. Perteneció primeramente este notable publicista al cuerpo de pilotos de la armada: fué despues nombrado por sus conocimientos científicos comisario de caminos de Galicia; y luego diputado á córtes en las de 1810 á 1815, y en las de 1820 á 1823.

Publicó en Madrid, en 1820, una obra anónimo en seis tomos, con el título de «Consideraciones generales sobre varios puntos históricos, políticos y económicos á favor de la libertad y fomento de los pueblos, y noticias particulares de esta clase relativas al Ferrol y á su comarca.» Para dar una idea de su vasta inteligencia y elevada erudicion, citaremos los capítulos que abrazan los seis volúmenes.

El 1.º contiene:

«Sucesos más memorables de España.—Sucesos más memorables de Galicia.—Generalidades históricas más principales del Ferrol, y de sus territorios contiguos.—Circunstancias generales que caracterizan el fomento del país que se describe, el de España y el de Galicia.—Consideraciones generales sobre la extension de la pobreza en España, Galicia y el país que se describe.—Generalidades sobre las vicisitudes y decadencia actual de la marina española, y descripción del Ferrol, y pueblos más principales de sus cercanías, como puntos que tanto han experimentado los efectos de estas vicisitudes.—Descripción general de la fortaleza natural y militar de España, en sus términos divisorios terrestres y marítimos.—Generalidades del ramo militar de España, y créditos que han merecido sus ejércitos desde estos últimos tiempos.—Descripción de la fortaleza natural y militar del Ferrol y de sus costas marítimas.»

El 2.º contiene:

«Consideraciones generales sobre la existencia y clasificación de los seres materiales.—Aspecto geológico y mineralógico del país que se describe.—Consideraciones generales sobre los efectos de la atmósfera y circunstancias locales en la salud de los pueblos, y noticias de esta clase relativas al país que se describe.—Consideraciones generales sobre los efectos magnéticos, y de la declinación é inclinación de la brújula en el país que se describe.—Consideraciones generales sobre la Zoología, y noticia de los cuadrúpedos del país que se describe.—Consideraciones generales sobre la ornitología, y noticia de las aves del país que se describe.—Atenciones de la caza.—Consideraciones generales sobre la Amphibiología, y noticia de los reptiles del país que se describe.—Consideraciones generales sobre la Ichthyología, y noticia de los peces del país que se describe.—Vicisitudes de la pesca, y su influencia en la navegacion.—Del fomento de la pesca.—Consideraciones generales sobre los animales sin vértebras, y noticias de los seres de esta clase del país que se describe.—De los Moluscos.—De los Crustáceos.—De los Arachunides.—De los Insectos.

—De los Gusanos.—De los Radiarios.—De los Pólipos.—Consideraciones generales sobre la existencia de los vegetales.—De las partes más notables de los vegetales.—De los órganos ó vasos de los vegetales.—Del macizo de los árboles y de sus fibras.—Del incremento de los árboles, y de sus transformaciones.—Noticia de los vegetales del país que se describe.—Consideraciones generales sobre la densidad y peso de las maderas, y noticia de estas calidades en las del país que se describe.—Consideraciones generales sobre la dureza y resistencia de las maderas, y noticia de estas calidades en las del país que se describe.—Consideraciones generales sobre la cria y conservacion de los árboles.—Consideraciones generales sobre las diversas aplicaciones de las maderas, en las necesidades de la sociedad.»

El 3.º contiene:

«Consideraciones generales sobre la poblacion.—Poblacion del país que se describe, y algunas reflexiones particulares.—Consideraciones generales sobre la agricultura.—Aspecto del país que se describe en su agricultura, y algunas reflexiones particulares.—Consideraciones particulares sobre el comercio, monedas, pesos, y medidas.—Del comercio, pesos, y medidas del país que se describe, y algunas reflexiones particulares.—Consideraciones generales sobre la necesidad y usos de las contribuciones.—Historia del sistema de las contribuciones en España.—De los ingresos que en varias épocas ha tenido el Fisco en España por sus contribuciones y de su inversion.—Consideraciones generales sobre las deudas públicas, y contribuciones extraordinarias.—Consideraciones generales sobre los empréstitos.—Reparos sobre los efectos de las contribuciones en el país que se describe, con varias noticias de los desfalcos anuales y accidentales que sufren los productos de su agricultura, y algunas reflexiones particulares.»

El 4.º contiene:

«Consideraciones generales sobre las vicisitudes de la marina de las naciones antiguas y modernas, y de sus descubrimientos hidrográficos.—Idea del arte de la mar de los antiguos, y relacion del progreso pasado y decadencia presente de la construccion naval en el Ferrol.—Consideraciones generales sobre las posiciones más ventajosas de resistencia de las maderas, como conducentes á la construccion naval.—Consideraciones generales sobre la determinacion de algunos datos geográficos, y especificacion de los que corresponden al Ferrol, y a la posicion y altura de las vigias de su costa marítima.—Consideraciones generales sobre la caza marinera ó persecucion de naves, y aplicacion de algunos casos en las mares de las costas marítimas del Ferrol.—Consideraciones generales sobre las mareas, y sus efectos en la ria del Ferrol y sus costas marítimas.—Consideraciones generales sobre los cuerpos celestes, y noticia de las observaciones astronómicas hechas en el Ferrol.»

El 5.º contiene:

«Consideraciones generales sobre los esfuerzos y resistencias de las partes que componen los edificios.—Consideraciones generales sobre el solar de los edificios, y noticias sobre esta clase relativas al país que se describe.—Consideraciones generales sobre la calidad de las piedras y otros ma-

teriales que se emplean en edificar, y noticias de esta clase relativas al país que se describe.—Consideraciones generales sobre el ladrillo y la teja, y noticias de esta clase relativas al país que se describe.—Consideraciones generales sobre la argamasa, y noticias de esta clase relativas al país que se describe.—Consideraciones generales sobre las mañeras, y noticias de esta clase relativas al país que se describe.—Consideraciones generales sobre el fierro, y noticias de esta clase relativas al país que se describe.—Aspecto del país que se describe en orden á sus edificios.—Descripción de las calles y caminos del Ferrol, y del país que se describe.—Aplicación de las generalidades que quedan establecidas, al proyecto de caminos y puentes, como obras que están pedidas al gobierno para facilitar el progreso del fomento de los pueblos de Galicia, y del país que se describe.—De las consideraciones que deben anteceder á la construcción de los caminos y puentes.—De la construcción de los caminos.—De la construcción de los puentes, y demás particulares con que se termina, dando extensión á la utilidad de esta clase de obras públicas.—Consideraciones generales sobre las fuerzas del hombre, y de varios animales, y continuación de sus esfuerzos aplicados á diferentes servicios y trabajos de la sociedad, con algunas noticias de esta clase relativas al país que se describe.—Ideas generales sobre las obras de edificios de los antiguos.»

BENITO VICETTE.

(Se continuará).

A LA HONROSA MEMORIA

DEL BIZARRO MARINO GALLEGO

D. VICTORIANO SANCHEZ BARCÁIZTEGUI.

De la brisa del mar acariciado,
por la brisa del mar adormecido,
en sus riberas para bien nacido,
en sus riberas para loor criado,
él fué en la infancia tu ideal amado,
él siendo hombre fué tu honor querido;
en las luchas del mar jamás vencido,
en las lides de honor nunca humillado.
Tripuñando la *Almansa*, ejemplo dieras
al mundo de heroísmo y bizarría;
no pudieron las armas extranjeras
sofocar tu entusiasmo y valentía,
Pero ¡oh baldon! jamás creer pudieras
que un español la muerte te daría:
más ¿qué digo español? tal nombre santo
no merece el que en bárbara porfia
cubre á su patria fiel, de luto y llanto.

CAMILO PLACER BOUZO.

Orense—1878.

LAS AUREANAS DEL SIL.

MEMORIAS DEL VIZCONDE DE FONTEY.

XIV.

Un buen remanse.

Por la tarde, pues, me dirijí á Santa Isabel de Encina y al llegar al lugar de Meiral no tuve necesidad de preguntar por la casa de Eufemia, pues cerca de una choza se hallaba una muger hilando, y al lado una cuna donde dormía un niño. El cora-

zon no me había engañado al verlos,—porque acercándome á la criatura como para darle un beso, distinguí el lunar fatídico en el rostro.

Volvime despues á la aldeana, y le dije:

—V. se llama Eufemia ¿no es verdad?

—Y cómo lo sabe el señorito?—me preguntó á su vez admirada y dejando de hilar.

—Yo soy el médico de Viana del Bello—le dije —y vengo á ver este niño por encargo del médico de la Rua, que tuvo que ir estos dias á Orense. Como me dió las señas del niño, de la casa y de V., hé ahí porqué no me ha sido difícil saberlo.

—Siendo así... ya no me extraño.

—Y qué tal sigue el niño?

—Quiére V. que lo despierte?

—No: el sueño es oro para los niños. ¿Qué tal sigue de salud?

—Ah, señor! ahora es la gloria... toma bien el pecho, y empieza á comer, y no dá malas noches.

—Gracias á Dios! exclamé yo elevando los ojos al Espacio (vulgo *cielo*).—Y á V. le falta algo, Eufemia?

—Nada, nada, señor. Mi hermano me dá bastante dinero para que compre cuanto haga falta para el niño y para mí, de modo que nunca me vi mejor. ¡Si esto durára mucho!

—De V. dependa.

—Por qué, señor?

—Por que cuanto mejor cuide V. á esa criatura, mejor se le atenderá á V.

—Si, señor; pero después que deje de mamar, la llevarán de aquí, y adios mi comodidad!

Ante este egoísmo, ingénito á todos los seres, me estremeci, temiendo aun por la vida de aquel pobre niño.

—No; me apresuré á decirle—no llevarán de aquí el niño, pero si esto sucede, tendrá V. una pension mientras viva. ¿Entiende V.? mientras viva, despues la criatura...!

—Ay, entónces... nadie más feliz que yo!—encarecí la aldeana.

Me incliné otra vez sobre la cuna, y di un beso á aquel pobre niño. Al tacto leve de mis labios, pareció despertarse... extendió uno de sus tiernos brazos y su mano se posó en mi frente. No despertó por fin, y yo me retiré de allí tan satisfecho, con tanta paz en el alma, como hacia mucho que no sintiera. ¡Bendito sea Dios!—dije para mí—¡y con cuanta razon decia Jesucristo: «dejad que los niños se acerquen á mí!»—La emoción que acababa de sentir, era tan dulce, tan suave, tan inocente, que mi alma parecia agitarse entre celages, allá en el fondo de su oscuridad. Fué aquello como un aura refrigerante besando mi ardorosa frente. Fué aquello como un beso de Dios en mi espíritu!

Traspuse el vallé de Meiral como encantado por aquella sensacion de gloria, y sin saber cómo, me encontré en el camino de Peña de Foleche. Entónces me detuve, y me senté sobre una roca.

Caía el sol sobre las pendientes de Grazan á la manera de una inmensa áscua centelleante, tiñendo el horizonte de encendida púrpura;—y el paisaje que distinguia hácia el oeste, por su lujo de colores, magestad y poesía, realzaba con esplendor una de esas puestas de sol de los lienzos admirables de nuestro pintor ferrolano, Villaamil!

Alma errante en este vallé de lagrimas y de miserias, de sombra y luz, de dolor y placer,—permanecí algunos momentos en un delicioso éstasis, contemplando aquella grandeza en la creacion que, luego, muy pronto, desapareceria completamente al sobrevenir las densas brumas de la noche.

Levantéme para regresar á Fontey, pero en vez de hacerlo con esta intencion, los piés me llevaban

más bien hacía Barrio ó Peña de Foleche: —era que la imágen de Clara, apareciendo con más fuerza que nunca en mi memoria, mandaba tracción irresistible. ¿Y a qué ir yo junto á esa pobre aureana? —me preguntaba —¿qué hay entre los dos que nos une? ¿qué interés? ¿qué lazo? ¿Por qué, pues, este deseo vehemente, superior á mi razón y á las facultades de mi alma? —Y como si otro sér respondiera misteriosamente á mi sér: —hay, —me decía — hay entre ámbos un lazo, que es esa mi-ma criatura que salvaste de una muerte horrible y que acabas de besar ahora; hay esa criatura que ella ignora que vive, y que á falta de su madre, con nadie pudiera estar mejor que con ella. Llévasela, pues, ó ve á decirle que vive y que se la llevarás, y que ya que perdió á su hermana Sira, esa pobre aureana tendrá su hijo á quien amar... Vé, vé á Peña de Foleche... lleva luz donde sólo hay tinieblas; lleva un dulce rayo de vida donde sólo hay luto; lleva amor donde sólo hay desesperación.

Veloz como el pensamiento, llegué á Peña de Foleche. La puerta de la choza de la pobre aureana estaba abierta de par en par, penetrando por ella toda la púrpura luminosa del sol que se ponía. En el fondo de aquella irradiación de grana, blanqueaba Clara como una azucena, sentada en una banquetta y temiéndome enfrente de sí una gran cestilla de arena centellante, que ella miraba estática.

Cuando me distinguí en la puerta, corrió hácia mí, exclamando:

—Bien venido sea V., señor médico! —Vea V, vea V. que dichosa he sido esta tarde!

Y me enseñaba la cesta, llena de arena arcillosa, donde brillaban con profusión mil y mil *baluces* y hojuelas de oro finísimo.

—Un buen *remanso* ¿no es verdad? —prosiguió contentísima — ¡nunca me concedió el Señor *remanso* igual!

Para comprender bien aquella situación dramática, ó el estado de alegría de la aureana, debemos explicar lo que estas entienden por un *remanso*.

El Sil, en medio de su curso rápido y precipitado sobre una madre llena de peñascos y guijarros, aumenta su caudal prodigiosamente con el derretimiento de las nieves de las montañas, con particularidad cuando los torrentes arrastran las tierras de las faldas roturadas y cultivadas: de este modo su curso varía en algunos pirajes con notables daños y deposita en sus senos una gran cantidad de arenas auríferas, arrastradas de los campos vecinos. Debemos, además, dar noticia de este oro que es de superior calidad. En diferentes puntos de Val-de orras, de una tierra rojiza, arcillosa y áspera, se ven al caer del agua brillar algunas hojuelas de este oro finísimo, las que como hemos dicho, arrastran los torrentes á los senos de los arroyos del Sil, y aun á los campos y prados donde se observan frecuentemente: los romanos beneficiaban este oro en grandes lavaderos por medio del agua y del mercurio, de lo cual existen muchos vestigios y lo confirma la constante tradición del país, como que no hay duda que de Galicia sacaban los prefectos el oro que mandaban á Roma en tanta cantidad como designan los geógrafos antiguos, y el mismo Cayo Plinio dirigió estos importantes trabajos en nuestro suelo. En la actualidad esta riqueza singular está abandonada á la mezquita especulación de algunas mujeres que en el territorio llaman *aureanas*: estas, con alguna práctica de los senos y *remansos*, echan en una cuenca de madera, capaz de dos y tres azumbres, los musgos y tierras que suponen empapados de hojuelas de oro: lo revuelven muchas veces con agua, dejándola caer por decantación hasta que el residuo más pesado queda limpio y claro en el fondo de la cuenca: en este residuo que

lo constituyen arenas negras, se ven brillar miles de hojuelas muy finas, entre las que echan azogue, y las comprimen y revuelven con los dedos hasta que se unen y forman una pasta blanca: ponen luego esta sobre el fuego para evaporar el azogue, y después la venden pesándola á granos de trigo y á razón de 4 y 5 cuartos el grano: también aprovechan la arena para polvos de escribir. Una muger en esta profesión, suele ganar al día de 4 á 6 rs. —y si logra un buen *remanso* gana cincuenta ó doscientos reales.

Clara había obtenido un buen *remanso*, pues; — y esto era lo que la sobrecitaba de aquel modo.

—Y bien —le dije — todo eso no es nada para la buena noticia que le traigo á V.

Clara se estremeció, mirándome fijamente.

—Buena noticia á mí...! — exclamó la infeliz con duda — ¿Qué me puede ya interesar, muerta mi hermana, y encontrándome sola en el mundo!

—La buena noticia que le traigo á V., Clara, precisamente se refiere á eso, á que no se halle V. sola en el mundo.

—¿Qué! me va V. á proponer, acaso, que abandone esta casa donde nací, donde murieron mis padres y Sira, y donde yo pienso morir, para ir á vivir con algun pariente rico... ó algunos señores...

—Nada de eso, Clara: V. no abandonará esta choza.

—Entonces... no lo entiendo á V.

—Me explicaré; pero antes prométame V. que me ha de oír con calma. Sentémonos, Clara.

Y nos sentamos en unas banquetas, junto á la cesta del *remanso*.

Clara prometió oírme con tranquilidad, — y por uno de esos movimientos de simpatía inexplicables, cogió mis manos entre las suyas. Tal era la confianza que tenía en mí, ó tales los presentimientos de su corazón, que me miraba con una dulzura infinita, comunicándose por decirlo así nuestras almas en una correspondencia íntima y misteriosa.

La sobrecitación que la animaba, parecía centuplicar el efecto de su belleza. Clara me deslumbraba. No la veía enfrente de mí. La sentía dentro de mí mismo, en los senos del alma. Era tal la identificación ó corriente espiritual que fundía en una nuestras existencias, que estuve á punto de besarla. Me atraía, me atraía sin hacer nada para ello, y yo sentía su aliento á la vez confundido con el mío. Si hubiera querido abusar de aquella muger, nada lo hubiera estorbado. Dícese con razón que las mugeres son como la fruta verde y que el hombre las tienta á ver si están maduras... yo allí no tenía que tentar nada... lo que tenía que hacer tan sólo era contenerme á mí mismo. No obraba entre los dos el vicio: obraba la naturaleza. Nadie seducía á nadie: los dos nos seducíamos inconscientemente. Y desde aquel instante, puede decirse que empezó el verdadero drama de mi vida, y Clara á aspirar el veneno que la había de conducir al sepulcro, joven, enamorada y mártir de su amor!

Por una fatalidad deplorable, aquellas dos hermanas debían tener dos asesinos. A la una, Sira, ya la había asesinado Vilar de Mondelo; y á la otra, Clara, la debía asesinar yo. Las dos aureanas debían morir de amor, pero obediendo á bien distintas emociones, — y he aquí el drama que escribo, filosófica ó literariamente hablando, — sin embargo de que el asesinato de Vilar de Mondelo nada pudiera disculparlo, y el mío sí, pues bastaba mi circunstancia de hombre casado, como se verá á la conclusión de estas páginas.

BENITO VICETTO.

(Se continuará.)